



EMLIO Díaz Valcárcel pertenece a la generación de escritores puertorriqueños que podríamos denominar "joven", si por dicho vocablo entendemos la generación que nace alrededor de la década del treinta y que se halla entrando en su madurez literaria en la década del sesenta. Sin lugar a dudas uno de nuestros más talentosos narradores, Díaz Valcárcel —conjuntamente con Pedro Juan Soto y aquellos cronológicamente mayores que él, como René Marqués y José Luis González— ha contribuido a dar una nueva orientación a la narrativa puertorriqueña tanto en lo que respecta al contenido como al estilo de ésta.

En lo que al contenido respecta, la obra de Díaz Valcárcel revela una preocupación que le aleja de lo costumbrista, de lo "criollista", y la interna en el mundo del arrebato urbano, de la guerra de Corea, de la pequeña burguesía puertorriqueña. Su temática —evidenciada en libros anteriores tales como *El Asedio* (1956), *Proceso* (1961) y *abierta* en *El hombre que trabajó el lunes* ("?)— puede decirse que es una expresión de los cambios mismos operados en la sociedad puertorriqueña durante las últimas dos décadas. Leer a Díaz Valcárcel es equivalente a ver la sociedad puertorriqueña por su reverso, equivale a penetrar hasta las profundidades de nuestro cuerpo social en la búsqueda de lo que otros han optado por callar sobre nuestra vida de pueblo. Su estilo mismo —tan alejado del giro precorrista de otrora o de la frase banal y ocultadora de ahora— es muestra de la tónica vigorosa, novel, que sus palabras logran imprimir a aquello que él quiere expresar en su obra: un Puerto Rico que sufre y anhela, una patria traicionada y crecientemente un pueblo que derrama su sangre inútil en los campos de batalla de Corea o de Vietnam.

El hombre que trabajó el lunes es una obra compuesta de una larga narración preliminar, de la cual el libro toma su título, y cuatro cuentos más titulados: *La culpa*, *María*, *El asedio* y *Sol negro*. Excepto en el caso de *Sol negro* —donde el autor hace alarde una vez más de ese macabro sentido del humor que le conocemos en *El Asedio*— los demás cuentos que componen este libro muestran una preocupación análoga: pretenden describirnos a la sociedad puertorriqueña vista desde perspectivas diversas: desde la perspectiva de un pequeño empleado de un almacén de provisiones de San Juan (*El hombre que trabajó el lunes*); desde la de una mujer proletaria de un pueblo pequeño cuyo amante se halla preso por motivos patrióticos (*María*); desde el punto de vista de un ex-soldado del ejército norteamericano cuya conciencia culpable por el asesinato de un campesino lo conduce a la locura y al masoquismo; y desde la perspectiva de un alcalde de un pueblo pequeño del interior de la isla.

Por vía de Gustavo, protagonista de *El hombre que trabajó el lunes* el autor ha logrado incluir agudamente la pobreza y vaciedad, el sentimiento de impotencia y de encierro, que aqueja a nuestra pequeña burguesía urbana. Para este hombre que nada le sale bien, un lunes —un lunes cualquiera— el mundo se circunscribe a la mujer, al hijo por venir, y al juego de dominó con sus compañeros de oficina.

MANUEL
MALDONADO
DENIS

Un narrador puertorriqueño

Sus peripecias nos hacen pensar en un tipo chapucero, en un anti-héroe cuentista cuyas propias limitaciones aborrecen nuestra simpatía por su triste suerte. Gustavo se suma en mutuos rayos en lo anecdótico, pero su ensimismamiento no nos deja una vida interior. De hecho su protesta es siempre irracional, emotiva, errática. Gustavo protesta insistentemente pero acata la orden del jefe del almacén para que escriba la carta cobrándole a un deudor que se halla en graves aprietos económicos. Perder el trabajo le aterra. Por eso soporta a regañadientes las humillaciones de un jefe avaro. El almacén de provisiones —la necesidad económica— termina por tragarse su individualidad y por seguirle la protesta a flor de labios. Es la vida del pequeño empleado que todos conocemos y que termina su vida en el mismo lugar donde la comenzó: tras un escritorio en una oficina de alguna empresa o de algún negociado gubernamental. Cada lunes se repite la historia del anterior y así sucesivamente. Díaz Valcárcel ha logrado expresarnos con precisión y economía en el uso del lenguaje un día en la vida de un pequeño burgués puertorriqueño.

La culpa es una narración acerca de Vietnam, un ex-soldado puertorriqueño de entre esos miles que han servido en el ejército norteamericano. Este se condecora por su "ejemplar" conducta al matar a un comunista que se internó en el campamento norteamericano en busca de madera sobrante para remediar su paupérrima situación económica. Su conciencia no le permite vivir tranquilo, ya que se halla continuamente perseguido por el asesinato que cometió impunemente. Su masoquismo y su enfermedad mental son acompañados por alucinaciones e imágenes que le retrotraen al hecho

del disparo fatal. En este cuento Díaz Valcárcel nos describe magistralmente el absurdo espectáculo de una parada de cuartel de julio en Puerto Rico. Por medio de su pluma aguda nos es permitido ver:

"En el estrado, el general de carranable y sonrosada, pulcramente enfundado en su uniforme, levanta un brazo y saludó como un boxeador que llega a su esquina. Alrededor suyo, dos docenas de funcionarios se inclinaban hacia él solemnemente. Un calvo gordinflón se abrió paso y dejó ante el oficial una jarra plateada con un vaso. Se oyó por los altoparlantes la voz marcial: «Thank you.»"

El habla cuartel de julio traducida al puertorriqueño queda desviadamente descubierta por Díaz Valcárcel. Y es que el autor de estos cuentos nos está describiendo una sociedad que se niega a sí misma y, al hacerlo, se caricaturiza, se describe a sí misma. La culpa logra comunicarnos —a través de la experiencia de uno que ha disparado contra los suyos mientras se halla al servicio de los opresores de su patria— todo lo que hay de grotesco, de expeditivo, en la sociedad colonial que es Puerto Rico.

El alcalde es otro cuento en extremo revelador de la realidad puertorriqueña de nuestros días. Se trata del alcalde de un pequeño municipio cuya obra se ve obstaculizada por una ríea norteamericana. Lo vemos preso de un sistema que escapa a su control y que le hace recordar las promesas políticas del líder máximo. Su fructuosa respuesta —un escupitajo— a la norteamericana con que termina el cuento es la reacción ciega y avar de los impotentes. La gran tentación no va a ser arrebatada por esos arrebatos que a nada conducen.

Al referirnos a *Sol Negro* dije en el comienzo de estas líneas que el autor revelaba un "grotesco sentido del humor" en dicho cuento. Me explico. En este cuento sobre una barriada de negros Bernabé Quintrindonga está obsesionado con el sonido del bongó. Busca imitar en los cueros los sonidos que él capta en la naturaleza: al trueno, la lluvia, etc. Pero al llegar a la casa de su hermana con un niño, Bernabé es asesinado. Su bongó se roto y silenciado por su madre cuando el niño enferma. Bernabé, obsesionado, desesperado, la emprende contra su sobrino tomando su cabeza como si fuera un bongó. Así termina el cuento. Lo patético alterna con lo gracioso. Este es un recurso de Díaz Valcárcel que lo conocíamos desde su cuento *El sapo en el espejo* publicado en su libro *El Asedio*. Se trata de lograr el efecto mediante un final donde el personaje se ha deshumanizado, ensimismándose.

Por último tenemos a *María*. Este es un cuento sobre una mujer del pueblo que sostuvo amores con un nacionalista puertorriqueño. El autor contrasta el idealismo del amante preso que se revela en el recuerdo de María y el ambiente brutalizante, de vida paupérrima, que María se ve forzada a vivir. María ahora el amante ahora liberado y cree ver en su retorno un leve aliento de liberación.

Un narrador puertorriqueño [artículo] Manuel Maldonado Denis.

Libros y documentos

AUTORÍA

Maldonado-Denis, Manuel, 1933-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1967

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un narrador puertorriqueño [artículo] Manuel Maldonado Denis.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile